

VIVIR EN TIEMPOS VIOLENTOS

Una vez más asistimos al inicio de una guerra. El viernes pasado, Israel atacó a Irán escalando abruptamente sus ofensivas del año pasado, y se teme que sea el comienzo de una guerra que se expanda muy peligrosamente, no solo en la zona. Lo lamentamos, porque, como se ha dicho toda guerra es una derrota de nuestra humanidad; porque, una vez más, la excusa de la guerra, es defender la propia seguridad y supervivencia potencialmente amenazadas.

Esta guerra no es un hecho aislado, como sabemos. De acuerdo al estudio del Instituto de Investigación para la Paz, de Oslo, en el 2024 se registró el mayor número de conflictos armado desde 1946. Y han comentado que no solo se trata de un aumento del número de conflictos, es un giro estructural, el mundo de hoy es mucho más violento y fragmentado que hace 10 años. Desde siempre distintos pensadores han reflexionado sobre la acción bélica.

Unos atribuyen como causa de la guerra la propia naturaleza humana, lo cual nos pone en la dramática situación de aceptar que siempre acompañe la historia de la humanidad. Por eso, otros prefieren atenerse a la comprensión de las situaciones sociopolíticas de cada guerra en particular, porque lo mejor que se puede hacer, dicen, es tratar de limitar espacial y temporalmente los conflictos, minimizando su impacto.

Otros arguyen, como Galeano, que las armas exigen guerras y las guerras exigen armas y los cinco países que manejan las Naciones Unidas, los que tienen derecho de veto, resultan ser también los cinco principales productores de armas. El zoólogo Nikolaas Tinbergen opinaba que el hombre es la única especie del mundo que cree que matar puede ser una eficaz respuesta al miedo. Los violentos tiempos que vivimos reclaman de nosotros fortalecer nuestras convicciones y extender las practicas contraculturales.

El evangelio de este domingo nos extiende una invitación al respecto. Este domingo celebramos la fiesta de la Santísima Trinidad, y en el evangelio de hoy vemos a Jesús decir: “Aún tengo muchas cosas que decirles, pero es demasiado para ustedes por ahora. Y cuando venga el Espíritu de la Verdad, los guiará en los caminos de la verdad.” En la Trinidad celebramos a un Dios que es uno y diverso; un Dios que es familia; un Dios que es soplo de vida, camino de vida en abundancia y guía en los caminos de la verdad.

Ante la guerra, no parece tan importante dirimir si se trata de la naturaleza humana o de la cultura. Parece más fecundo renovar nuestra fe en el soplo de vida, amor y verdad que anida en lo profundo del corazón humano. Y recordar especialmente a Erich Fromm, que nos decía “tener fe requiere coraje, la capacidad de correr un riesgo, la disposición a aceptar incluso el dolor y la desilusión.

Quien insiste en la seguridad y la tranquilidad como condiciones primarias de la vida no puede tener fe; quien se encierra en un sistema de defensa, donde la distancia y la posesión constituyen los medios que dan seguridad, se convierte en un prisionero.”

Celebremos la fiesta del Dios familia, comunión y verdad, que nos invita a seguir cultivando y extendiendo la conciencia de ese soplo que nos pone a salvo de vivir como prisioneros de guerra. ¡Amén!

Ana María Díaz, Ñuñoa, 15 de junio de 2025